

El silencio de los amores marginales

LEÓN GUILLERMO GUTIÉRREZ

El atraso de México respecto de los países llamados del Primer Mundo se refleja en todos los ámbitos de la sociedad, entre los que no podía faltar el cultural. Nunca estará de más reiterar y hacer énfasis en el bajísimo nivel educativo de nuestro país, donde el promedio de escolaridad es el 6° año de primaria y el de lectura por habitante es de un libro por año. Tales cifras realmente nos horrorizan en todos los sentidos, ya que, a partir de esta base, es fácil adivinar que los mecanismos de poder y manipulación de las elites del poder controlan aquellos asuntos que atentan contra las normas de estabilidad dictadas en favor de su pervivencia; de ahí que la homosexualidad sea un tabú más que se suma a la multiplicidad de los silencios que nos rodean. Y quise iniciar con esta observación después de constatar desde hace unos años el tratamiento cultural, literario, social, político, etcétera, que se le ha dado a la homosexualidad tanto en Europa como en Estados Unidos, donde la bibliografía ya es imposible de rastrear por su abundancia, mientras que en nuestro país parece ser interés de unos cuantos y la lista apenas empieza a mostrar su incipiente generosidad.

Con independencia del gran número de etnias puramente indígenas y de la arrogancia criolla que ostentan algunas comunidades del país, México es una nación mestiza, híbrida, con grandes conflictos de identidad en que los complejos y atavismos asoman como los geranios en los balcones sevillanos. Y digo esto para comenzar a hilvanar con las madejas de Occidente y del mundo prehispánico la textura que conforma el tejido y registro de la homosexualidad y su transferencia a la literatura de nuestro país.

De la herencia occidental sólo quiero destacar dos aspectos: el primero hace alusión al primer libro impreso en el mundo, la sagrada Biblia, en cuyas primeras páginas, correspondientes al Génesis, dice:

Pero antes de ir a acostarse, los hombres de la ciudad rodearon la casa, desde el muchacho hasta el viejo, todo el pueblo se juntó allí. Luego llamaron a Lot y le dijeron: —¿Dónde están esos hombres que entraron a tu casa esta noche? Sácalos acá afuera para abusar de ellos.¹

Este pasaje no sólo consigna la antiquísima práctica sexual entre hombres, sino que también inicia el registro de la historia de la persecución y satanización de que ha sido objeto en las civilizaciones judeo-cristianas, al ser destruida por esta razón y por mandato divino la ciudad de Sodoma, origen de los nombres de sodomía y sodomita para designar a la homosexualidad y a sus practicantes.

El segundo se refiere al hecho de que la Iglesia católica imprimió su incommensurable poderío durante siglos en todas las

¹ Biblia, Génesis, 19.4, Paulinas, México, 1978.

formas posibles, entre ellas la de erigir la sexualidad en razón de Estado, de suerte que en el Concilio de Trento se utilizaron argumentos teológicos para apoyar una vigorosa defensa del matrimonio cristiano, con lo que el celibato, la separación, el adulterio, el concubinato, la prostitución y demás prácticas sexuales posibles fuera del matrimonio fueron consideradas verdaderas enemigas de la religión, hasta el punto de que quien se atrevía a contrariar estas normas se convertía en un delincuente y el oprobio lo alcanzaba a él y a toda su familia. Las prácticas no se eliminaron, pero fueron sancionadas con castigos que en ciertos casos costaban incluso la vida. Algunos estudios señalan que, entre 1540 y 1700, el Tribunal de la Santa Inquisición reprimió por sodomía a 379 personas en Valencia, a 453 en Barcelona y a 791 en Zaragoza, y 71 hombres fueron sentenciados a muerte en Sevilla, lugar donde se instaló el primer tribunal permanente del Santo Oficio y paso obligado hacia el Nuevo Mundo.

En el siglo XVI, de este lado del mundo los mismos españoles conquistaban el nuevo continente y algunos de ellos dejaban constancia de las costumbres de los indígenas. Bernal Díaz del Castillo, considerado el máximo cronista, señala en el capítulo LI de su obra capital: "Las palabras amorosas que Cortés les decía con nuestras lenguas,

EL PATRIMONIO NACIONAL DE MÉXICO

(en dos tomos)

Enrique Florescano
Coordinador

*Análisis de la situación patrimonial
del país al cierre del siglo XX*

Colección: Biblioteca Mexicana



y también las cosas tocantes a nuestra santa fe, como lo teníamos de costumbre, y dejaran el sacrificio, y de robarse unos a otros; y las suciedades de sodomía".² Hecho, por otro lado, atestiguado por las estelas de Cempoala, lugar donde Cortés hizo la amonestación mencionada.

Lo anterior se traduce así de una manera simple y llana, tanto allá como acá: la práctica de la homosexualidad existía y siguió existiendo, aunque fue aun mayor el silencio al que fue condenada. De ese modo, hoy, a quinientos años del descubrimiento de América, aún no se logran rescatar todos los textos coloniales ni ordenar la abundante literatura del siglo XIX y, a escasos tres años de terminar el siglo de la revolución y libertad sexual, aparece en México el primer libro que recopila 16 cuentos de temática homosexual de autores nacionales y que quizás por pudor lleva el título *De amores marginales*.

Mario Muñoz, reconocido catedrático e investigador de la Universidad Veracruzana, hizo una compilación que será imprescindible en la historiografía de la cuentística mexicana del siglo XX. Entrando en materia, primero quiero referirme al estudio-prólogo del compilador, estructurado bajo el auspicio cabalístico del número siete. Con agudeza, hace una retrospectiva del papel del homosexual como personaje de la cultura de masas expresada en el cine: el que ha explotado lo "grotesco y caricaturesco para satisfacer así la imagen deformada del espectador corriente". Resume la forma como ha sido manipulado ideológicamente, al ser presentado como un auténtico esperpento carente de una verdadera condición humana.

Mario Muñoz, al hablar del tema, suele usar también el término *gay*, importado del francés por la comunidad homosexual estadounidense y adoptado posteriormente por la mexicana, que matiza y da otra connotación al concepto que designa, por sustituir las palabras siempre injuriosas y despectivas con que se ha acostumbrado denominar a la minoría homosexual. De esta manera nace en la literatura mexicana una nueva terminología: la temática *gay*, a la que Muñoz pasa revista sucintamente, comenzando por la considerada primera novela homosexual: *El diario de José*

Toledo, de Miguel Barbachano Ponce, fechada apenas en 1964; *Después de todo*, de José Ceballos Maldonado, de 1969, y las aparecidas una década posterior, cuando la novelística sobre el tema fue un espacio del que Luis Zapata se hará dueño a partir de la publicación de *El vampiro de la Colonia Roma*, novela de excelente factura y primera que tuvo gran éxito dentro y fuera de nuestro país. En esta revisión no faltan los nombres de José Joaquín Blanco, José Rafael Calva, Luis González de Alba y Jorge Arturo Ojeda. Muñoz no sólo lista nombres de autores, pues hace despliegue de sus herramientas de crítico y presenta el cuadro que caracteriza a esta nueva literatura.

El apartado sexto lo dedica al puntual e inteligente análisis de cada uno de los cuentos seleccionados, para finalmente dejarnos una reflexión que a la vez es sentencia afirmativa: "¿Pero qué otra cosa es la vida auténtica sino un continuo descenso a las tinieblas, un constante preguntarse sobre las causas de nuestros delirios y los orígenes de nuestras pesadillas más recónditas y auténticas?" Y es que a veces nos olvidamos que somos nosotros mismos los que llevamos en nuestro interior los binomios: bien-mal, dios-diablo, carne-espíritu, que no existen sin la presencia del otro. También podríamos decir, a la manera de José Vasconcelos:

Juntos quedaron desde que nacieron,...
Atados hasta el final de los tiempos,
no hay en sus amores voracidad.
En cambio lo diverso les fascina.
El ser dos no acerca al todo y no basta
y ambos quisieran desatar el nudo.³

En cuanto a la antología que aquí nos ocupa quiero formular algunas observaciones. En primer lugar, destaca la heterogeneidad de los autores congregados, tanto por escritura, estética y técnica, como por generación, además de que se cuentan entre ellos mujeres y hombres. Así, encontramos escritores de amplia y reconocida trayectoria como Agustín Monsreal, Inés Arredondo, Luis Zapata, Severino Salazar, Luis Arturo Ramos, Luis González de Alba y Jorge Ló-

pez Páez, junto a jóvenes como Ana Clavel y Héctor Domínguez Rubalcava. Todo ello representa una riqueza poco común, en que el mismo tema —de por sí restringido— es tratado desde muy diversos ángulos y con perspectivas que oscilan desde la aventura jocosa hasta la más intrincada perversión, pasando por la temura, la fineza intelectual, la sordidez, la prostitución, el refugio del arte, el cinismo, la fechoría, la complicidad y la enfermedad terrible, y todo ello condimentado por eros y la particular perspicacia de los autores.

En los 16 cuentos corren características afines y diferencias. En cuanto a las primeras, podemos señalar como constantes, sin ser totalizadoras, la existencia de uno o más protagonistas jóvenes y siempre varones, la clandestinidad, el daño —que puede ir desde la lesión física o emocional hasta el homicidio o las heridas profundas del alma—; la total ausencia del amor cumplido, la alienación social y también individual. Resta decir que la anécdota se centra en la homosexualidad.

Las diferencias en muchos de los casos son de ambientación de tiempo y lugar; en cuanto al primero, Ignacio Betancourt caracteriza la anécdota en plena época colonial, mientras que todos los demás la ubican en el presente. El espacio es quizás el que adquiere mayor relieve en cada una de las historias, ya sea la provincia con su precaria rusticidad, los muros conventuales en la aridez del desierto, la rigidez de la aristocracia pueblerina con su retorcimiento mental o el asfixiante calor tropical. La ciudad se presenta con toda su crudeza, con su anonimato y las trampas que pone a la fragilidad humana, siempre dispuesta a apostar por un poco de placer.

La técnica y la estética de cada texto están dictadas por el oficio y los caminos de la escritura elegidos por cada uno de los autores. Analizarlas ameritaría un estudio aparte.

Para finalizar estos apuntes, sólo quiero señalar que la aparición de este libro viene a corroborar la desmitificación de la homosexualidad como motivo de escándalo, caricatura o escarnio, y que de nuevo es la literatura la que recupera y difunde la seriedad de todo aquello que es móvil de vida. ♦

Mario Muñoz (compilador): *De amores marginales*, Universidad Veracruzana, Xalapa, 1996. 200 pp.

² Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, Porrúa, México, 1982.

³ José Vasconcelos, fragmento de "Meditación del Zodiaco", en Luis Mario Schneider, "José Vasconcelos, poeta", en *La letra y la imagen*, suplemento del periódico *El Universal*, México, 22 de febrero de 1981.